GRACE BURROWES

Las hijas del duque

El caballero de lady Louisa

esencia

La hija del duque. El caballero de lady Louisa

Grace Burrowes

Esencia/Planeta

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 3 18/09/13 10:33

1

Después de vencer al Corso, sir Joseph Carrington adquirió dos fieles compañeros. Nadie lo tomaba por estúpido, por lo que él sabía perfectamente que el consuelo de la petaca, su primera afición, era una amistad bastante dudosa.

Su segunda compañera, un poco más animada, era *Lady Ophelia*, a quien Carrington había conocido poco después de darse de baja del ejército. Ella, con sus amables ojos y sus pacientes silencios, le había ofrecido muchos consejos sabios y consuelo, y le había dado sistemáticamente camadas de al menos diez cochinillos, tanto en primavera como en otoño, lo que sólo podía aumentar su gratitud.

—No deberías desanimarte. —Sir Joseph rascó a *Lady Opie* detrás de la oreja izquierda para tranquilizarla—. Te quedarás aquí en el campo, ayudando a Roland en el baile del apareamiento, mientras yo me marcho a Londres.

Allí, sir Joseph iba a tomar parte en un baile similar. Daba gracias a Dios por la caza. El hecho de perseguir a los perros rastreadores podía salvar a un hombre de la locura colectiva a la que sucumbía la buena sociedad cuando se acercaban las fiestas, al menos durante unas semanas.

—Regresaré para Navidad, y quizá este año Papá Noel me traiga una esposa para que también yo tenga mis propios retoños.

Bebió otro pequeño sorbo de la petaca, uno muy pequeño. A menos que pasara horas montado a caballo, caminando por los bosques con las presas de su cacería a cuestas, o que se aproximara una tormenta de nieve o una ola de frío, por lo general la pierna no le dolía horriblemente.

—Sinceramente, no sé cómo lo haces, querida. Diez cochinillos,

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 7 18/09/13 10:33

dos veces al año, durante tantos años... o al menos desde que tengo el placer de conocerte.

Al parecer, esa temporada la cerda todavía no estaba preñada, y ya había llegado el invierno. Eso era preocupante a un nivel que un hombre que aún no estaba borracho no tenía intenciones de considerar. La fecundidad de *Ophelia* le daba seguridad respecto a un orden fundamental de la vida; una seguridad más sustancial que la que le ofrecía su petaca.

—Dame algunos cochinillos, su señoría. —Pasó a rascarle la otra oreja y su amiga inclinó la cabeza—. Dame el tipo de bebés que puedo vender en el mercado y que me harán rico. Más rico. Lo ideal sería una camada de doce para Navidad.

El récord era de once y todos habían sobrevivido. Eso había sido dos años antes, cuando sir Joseph necesitaba desesperadamente un buen augurio.

Un mozo de cuadra silbó el aria *Él alimentará a su rebaño*, con una melodía navideña para avisarle de que su caballo estaba preparado. El muchacho no osaría interrumpir una conversación privada entre sir Joseph y *Lady Ophelia*, sobre todo cuando podía dedicarse a hacer estragos con las notas del pobre Händel.

—Me voy. Eleva una plegaria por Reynard.

Con una palmada y una caricia final, dejó que su amiga porcina se reuniera con sus vecinos.

A sir Joseph, las cacerías le recordaban al ejército en los desfiles: todos con impresionantes atuendos, buena cerveza y una bonhomía alimentada en parte por los nervios y el alcohol. El objetivo del día parecía ser virtuoso en ambos casos y, sin embargo, si todo salía tal como estaba planeado, alguien que no pertenecía a la concurrencia sucumbiría víctima de una muerte sangrienta.

Que ese alguien fuera un zorro —una mera alimaña— y estuviera en una desventaja numérica tan evidente respecto a los treinta perros sólo parecía molestar a sir Joseph. Incluso en medio de la gran alegría de una cacería de diciembre, sabía que no podía compartir su afecto por el animal con ningún otro ser humano.

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 8 18/09/13 10:33

—Las actividades sociales previas al comienzo de la temporada son un fastidio enorme.

Lady Genevieve Windham no se molestó en bajar la voz, cosa que sorprendió a su hermana Louisa. En realidad, una debería poder quejarse tranquila con su propia hermana (a Louisa tampoco le gustaban esas actividades previas), pero dado que estaban en la parte de atrás del tercer grupo, alguien podía oírlas.

—Nos las hemos perdido casi todas, menos las de las últimas dos semanas —señaló Louisa—. Gracias a papá y a su locura por la caza.

—Es como cazar urogallos —dijo Jenny, dejando que su yegua se apartara un poco de los demás jinetes, encaminándose hacia la mesa del desayuno—. Termina la Cuaresma y comienza la cacería de marido, con las madres armadas y dispuestas a cobrarse una pieza. No sé cuántos años más podré soportarlo, Louisa.

—Una termina por acostumbrarse.

Eso no era del todo verdad, pero cuando Jenny pasaba por aquellos infrecuentes momentos de desánimo hacía falta una mentira piadosa.

—Tú llevas un poco más de tiempo que Evie y que yo y no debería quejarme contigo. Lo siento, Lou.

Había auténtico remordimiento en el tono de Jenny, porque ésta era buena y considerada, algo que Louisa hacía tiempo que había dejado de aspirar a ser. Su hermana era rubia y angelical, en contraste con el pelo oscuro de ella; además, Jenny tenía un carácter bastante alegre. En un momento de desesperación, la duquesa, su madre, había dicho que las facciones de Louisa eran «audaces».

Y vaya si lo eran.

En el prado que había algo más abajo, algunos jinetes llegaban poco a poco de la cacería. Un conjunto de ondulantes plumas llamaron la atención de Louisa: dos plumas de faisán, una de pavo real y otra de avestruz, que, esperaba que la bendita ave jamás lo supiera, habían teñido... ¡de rosa!

Y estaba claro que las cazadoras que llevaban esas plumas en los sombreros seguían el olor de una presa. Louisa echó un vistazo al

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 9 18/09/13 10:33

prado y toda la diversión de la cacería matinal se evaporó cuando vio la presa a la que perseguían.

—Jenny, siento que voy a ceder a un impulso caritativo.

De todos los hombres que había por allí, sir Joseph Carrington era el que menos merecía el ataque de aquella jauría.

Su hermana dejó de jugar con el único mechón que se escapaba de la trenza de la crin de su yegua.

—No has cedido a un impulso semejante en los últimos cinco años como mínimo, Louisa. A ti lo único que te guía es la lógica... Oh, Dios mío.

—Las cazadoras están enardecidas —murmuró Louisa—. El pobre hombre ni siquiera se las ve venir.

Un jinete solo, montado en un alazán, cruzó el prado con las riendas sueltas, mientras que, detrás de él, las cuatro damas lo perseguían en sus respectivos caballos.

Louisa había reprimido con éxito impulsos caritativos como aquél durante ocho años, y Jenny lo sabía. Esa vez no lo haría.

—Échale la culpa a la inquietud que me produce la temporada. Sir Joseph no tiene la menor posibilidad contra las cuatro juntas.

A Louisa le resultaba insoportable ver a un veterano condecorado, nada menos que un par del reino —además de viudo y padre de familia—, acosado por Isobel y su banda de doncellas ávidas de marido.

Louisa puso su yegua a un trote ligero, atravesó un arroyo, dos troncos y un desnivel, con Jenny pisándole los talones. Sir Joseph Carrington había servido en el ejército y había luchado junto a sus hermanos, Bart y Devlin, en la Península, lo que le aseguraba más aún su lugar entre los hombres a quienes Louisa respetaba sin reserva.

Además, no tenía hermanas, primas ni tías que pudieran rescatarlo del destino que trotaba tras él. Naturalmente, ninguno de los demás jinetes se atrevería a socorrerlo, porque corrían el riesgo de ser arrastrados en la refriega y terminar bailando con todas las solteras del condado en el baile de aquella noche.

Louisa sabía lo que era enfrentarse a solas al propio destino, co-

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 10 18/09/13 10:33

nocía la soledad y lo agotadora que podía ser. Sospechaba que lo mismo le sucedía a sir Joseph, y si podía ahorrarle aquella pequeña emboscada, lo haría.

—¡Sir Joseph! —exclamó, mientras su yegua se adelantaba veinte metros por delante de las cuadro damas—. ¡Buenos días! El tramo final ha sido excelente, ¿verdad?

El hombre se volvió y la miró y ella pudo ver con precisión el momento en que advertía el peligro que lo acechaba.

—Lady Louisa, lady Genevieve. Buenos días.

No se acobardó ante el grupo que lo rodeaba. Se llevó la mano al sombrero en un saludo informal y miró otra vez hacia delante. Devlin había dicho que sir Joseph era un demonio en el campo de batalla: valiente e imperturbable. Al parecer, sus instintos guerreros todavía funcionaban a la perfección.

Louisa vio con el rabillo del ojo a Isobel Horton, con su pluma rosada, mirándola amenazadoramente, con una actitud nada acorde con el espíritu navideño.

«Feliz Navidad para ti también, Isobel.»

—Jenny, ¿no buscabas ayuda para preparar el desayuno de después de la cacería?

La sonrisa que se dibujaba en los labios Jenny al acercarse a sir Joseph era digna de una santa.

—Sí, así es. Sir Joseph, si nos disculpa. —Hizo dar media vuelta a su yegua—. ¡Oh, queridas! Isobel, Elspeth, me alegro mucho de veros. Isobel, qué sombrero más original...

Sir Joseph observó la maniobra y esbozó una sonrisa que iluminó sus oscuras facciones.

—Bien hecho, lady Louisa, y le ruego que se lo agradezca a lady Genevieve más tarde.

Ella ladeó la cabeza para que él no viera su propia sonrisa.

La primera impresión que producía la voz de Carrington era chocante. Una especie gruñido de barítono bajo, sin las vocales engoladas y la musicalidad aristocrática que se aprendían en la escuela o en la universidad. A Louisa le gustaba eso, igual que el hecho de

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 11 18/09/13 10:33

que no tuviera modales afectados ni un vocabulario exquisito. Le gustaba todavía más que no simulara ignorar lo que acababa de suceder.

—¿Quiere un trago? —Sir Joseph le ofreció una petaca de plata con una rosa grabada en ella. El objeto parecía excesivamente pequeño y elegante comparado con su enguantada mano negra—. Y, en caso de que se lo pregunte, contiene una combinación de ron y licor de avellanas. Calienta los huesos.

Ella aceptó, apreciando el gesto, aunque pensó que era probable que hubiera hecho lo mismo con Isobel o con Jenny. Durante la cacería había frecuentes descansos para «revisar los arreos» o para dejar descansar a los caballos mientras soltaban los perros. Cuando hacía frío, esas pausas invariablemente incluían un trago de lo que hubiese en las petacas. Incluso a las damas se les permitían unos discretos sorbos; Louisa había vaciado la suya antes de la segunda etapa de la cacería.

—Es... muy bueno. —Hasta fortalecedor. La bebida estaba tibia por el contacto con el cuerpo de sir Joseph, lo que acentuaba su sabor dulce y ardiente. Louisa bebió un segundo sorbo y se la devolvió.

Sir Joseph bebió otro trago y guardó la petaca en un bolsillo interior de su abrigo de caza.

—Debo admitir que siento cierta perplejidad, milady: es usted una temeraria amazona, capaz de seguirle el ritmo a los perros y de encabezar el primer grupo, y sin embargo se demora con los más rezagados, con los ebrios y los tímidos. Ha despertado mi curiosidad.

Despertar la curiosidad de un hombre no era algo bueno, según la experiencia de Louisa, aunque la parte acerca de que era una amazona temeraria le resultó de lo más halagadora, sobre todo viniendo de un oficial de caballería retirado.

—Le hago compañía a mi hermana.

—Oh.

Los hombres tenían la capacidad de burlarse de una mujer con

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 12 18/09/13 10:33

una sola sílaba. Ciertos hombres. Los cinco hermanos de Louisa habían nacido con esa habilidad, pero no le pareció que sir Joseph estuviera burlándose de ella.

—Lady Genevieve monta bastante bien —admitió Louisa. Una buena mentira se basa en la mayor cantidad de verdad posible. También les debía esa lección a sus hermanos—. Pero es demasiado sensible y no le gusta arriesgarse a participar en la matanza.

—Ya veo. —Sir Joseph volvió a sonreír levemente.

Louisa quería mirarlo a la cara para ver si aquel tímido gesto se transformaba en una verdadera sonrisa.

Sin embargo, no podía hacerlo.

Pensaba en otro tema de conversación para seguir charlando, cuando el caballo de sir Joseph comenzó a moverse.

El animal no era nada delicado, pero cuando se apaciguaba bajaba los cuartos traseros y su trote era fluido y cadencioso, con lo que hombre y bestia se veían elegantes y... atractivos.

—Basta de tonterías. Quieto.

Cuando Carrington le habló a su caballo, su voz sonó diferente; ronroneante y afectuosa, nada gruñona. El animal se relajó conforme el jinete le acariciaba la crin.

—Su caballo es todo un atleta, sir Joseph, aunque he notado que también usted evita el primer grupo.

—*Soneto* está ansioso por regresar a casa. En ese aspecto nos parecemos: estamos más cómodos en un entorno familiar. Para responder a su observación, lady Louisa, puedo decirle que la guerra ha cambiado lo que pienso sobre los deportes sanguinarios, hasta el punto de que la expresión me parece un oxímoron. ¿Regresará a la ciudad antes de la Navidad?

Por supuesto, Louisa sabía qué significaba la palabra «oxímoron», al igual que «onomatopeya», «sinécdoque» y «antropomorfismo». «Un perfecto caballero» era un oxímoron. Y pensó que también lo era «una perfecta dama».

—Durante las próximas dos semanas, mi hermana y yo nos trasladaremos a Mayfair con nuestros padres.

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 13 18/09/13 10:33

—¿Debo suponer que no es un motivo de alegría?

Louisa volvió la cabeza para mirarlo y descubrió una mirada seria... quizá demasiado seria.

—¿Está burlándose de mí, sir Joseph?

Sus hermanos, todos hombres valientes, solían bromear con ella, pero eso era antes de que su arrogancia de marisabidilla llevara esas bromas a una desastrosa conclusión. Sea como fuere, no echaba de menos esas tonterías.

Sir Joseph se acercó un poco a su montura y echó un vistazo alrededor, como si estuviese a punto de hacerle una confidencia.

—Creo que me compadezco de usted. —Luego se irguió, fijó la vista al frente y añadió—: Regreso a la ciudad cada primavera y otoño y siempre me pregunto si no me parezco cada vez más a mi tío abuelo Sixtus. En los últimos cuarenta años de su vida, no puso un pie en Londres, y cada década que pasaba afirmaba que era más feliz que en la anterior.

—¿Se trata del hombre del que heredó su propiedad?

—Mi finca.

Su «finca» tenía miles de hectáreas. Según su excelencia el duque, eran muy buenas hectáreas, y sir Joseph se ocupaba de ellas a la perfección. Era afortunado, porque podía pasar largas temporadas en el campo, donde veía las estrellas por la noche y salía a galopar por las mañanas.

Por delante de ellos, Jenny y sus acompañantes conversaban animadamente, sin duda acerca de bocadillos de berro o algún asunto igual de fascinante.

—Londres no está tan mal —dijo Louisa. Era una ciudad tediosa, agobiante y llena de gente con una sorprendente capacidad para hablar sin parar, no decir apenas nada y disfrutar mucho de todo aquello—. Dentro de poco nos marcharemos a Moreland para pasar allí la Navidad.

—Dos semanas pueden ser una eternidad.

Lo dijo con resignación. Louisa lo vio sujetar las riendas con una mano y buscar la petaca con la otra, aunque no la sacó ni be-

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 14 18/09/13 10:33

bió de ella. Una pena. A ella le habría encantado beber un poco más. Dos semanas eran un millón doscientos nueve mil seiscientos segundos.

Quizá él también podría haber bebido un poco más. Tenía un gesto desolado, pero era cierto que así solía ser la expresión de sir Joseph. No era un hombre apuesto en el sentido clásico del término: tenía rasgos melancólicos y cejas demasiado espesas, su nariz no era demasiado recta, sino grande y un poco torcida, pero aun así, Louisa lo encontraba atractivo porque lo había visto sonreír.

Un día había sonreído a sus pequeñas hijas en el patio de la iglesia, pero Louisa nunca olvidó la escena. Su sonrisa, llena de ternura, simpatía y cariño, lo hacían muy atractivo.

—¿Asistirá al baile de después de la cacería, sir Joseph?

—Es mi deber.

Sí, era su deber. Louisa sospechaba que era una prueba más de su imperturbable valentía.

—¿Le reservo una pieza?

En cuanto las palabras salieron de su boca, se arrepintió de haberlas pronunciado. Pero no por ella, bailar era una de las actividades sociales que disfrutaba, siempre y cuando su pareja fuera medianamente competente. Lo lamentó por él. Sir Joseph cojeaba y Louisa no estaba segura de que pudiera bailar.

Él le dio otra palmada al caballo, una suave caricia con su enguantada mano en el esbelto y musculoso cuello del animal.

—En la pista de baile me defiendo. Una zarabanda o una polonesa entran dentro de mis capacidades en las primeras horas de la velada. No he intentado bailar un vals en público en los últimos años y espero morir en ese estado de gracia.

—Hasta el baile, pues.

Conforme se acercaban a las mesas del desayuno, Louisa trató de no pensar en sir Joseph envejeciendo sin el placer de guiar a una dama por la pista de baile al ritmo de los animados acordes de un vals.

Si persistía en esos pensamientos, correría el riesgo de sentir lás-

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 15 18/09/13 10:33

tima por él. Y un hombre que poseía una imperturbable valentía, una propiedad excelente y una petaca medio llena no merecía de ningún modo su lástima.

Louisa Windham había evitado que Joseph tuviese que soportar la compañía de la señorita Fairchild y su pariente, la risueña señorita Horton, durante el desayuno de la cacería y probablemente también más tarde, en el baile de esa noche. Las damas lo habían buscado toda la mañana como un par de perros de caza tras el olor del zorro: con los ojos brillantes, medio gritando inanidades la una a la otra, con la vista clavada en los sucesivos grupos hasta dar con su presa, luego con la siguiente...

Mientras tanto, Joseph estaba acompañado de una bonita mujer que no tenía ningún interés especial en su persona, en su cartera ni en sus cerdos.

Ayudó a lady Louisa a bajar de su caballo, lo que le permitió notar que no era tan pesada como habría sugerido su altura. Cuando pisó el suelo, advirtió otro pequeño detalle sobre ella: a pesar de las actividades de la mañana, todavía olía a cítricos y a clavo.

Era un perfume caro y, en el frío aire de la luminosa mañana de invierno, le pareció... navideño. Y agradable.

Le gustaba Louisa, aunque nunca agobiaría a la pobre mujer con semejante confesión. En los dos últimos años, desde que había empezado a relacionarse con la aristocracia de Kent, Joseph había pasado bastante tiempo en los rincones de las salas y los salones de baile, acudiendo a la iglesia y ocupándose de mantener cordiales relaciones con sus vecinos.

Por lo que había podido observar, lady Louisa hacía lo que quería hasta donde le era posible siendo la hija soltera de un duque. Decía lo que pensaba, y a veces se trataba de cosas bastante audaces.

Su trasero también era audaz. Aquello era algo que le gustaba especialmente. Disfrutó de la imagen: su traje de montar era un poco más estrecho en las caderas de lo que estaba de moda y ella no

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 16 18/09/13 10:33

se esforzaba en esconder la generosidad del Creador con esa parte de su cuerpo.

Era una mujer en la que un hombre encontraría dónde colocar las manos...

—¿Sir Joseph?

Se apartó un paso de ella para que los mozos de cuadra pudieran llevarse los caballos.

—¿Me permitirá que le sirva un plato, lady Louisa? ¿Desea algo de beber?

¿Cuánto tiempo había estado allí, contemplándole el trasero, en medio de la gente, los perros de caza, los caballos del molino y los ajetreados sirvientes?

—Sí, comería algo.

Que no se disculpara con él y saliera en busca de su hermana lo sorprendió y le gustó.

—Yo también. ¿Me acompaña? —Le ofreció el brazo, más deseoso de permanecer a su lado de lo que un caballero podía admitir.

Aunque si le agradecía una vez más a Louisa Windham que hubiese usado su posición social para rescatarlo de una captura segura, probablemente ella lo miraría desconcertada, cambiaría de tema y olvidaría que le había prometido el primer baile.

Esa pieza, por extraño que fuese, era algo que anhelaba.

Un poco por delante de ellos en la fila del bufé, Timothy Grattingly y otros jóvenes discutían acerca de cuál era la mejor raza para un caballo de ciudad.

—No apreciarían a *Soneto* —murmuró Joseph, mientras la dama colocaba rodajas de manzana en uno de los platos que llevaban—. Es hijo de un buen caballo de tiro por parte del padre y puro español por parte de madre. Un animal de buena sangre que me ha salvado la vida más de una vez.

Louisa Windham echó un impaciente vistazo a los jóvenes y su desagrado pareció intensificarse.

—*Soneto* tiene un buen par de cuartos traseros, buenos huesos y

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 17 18/09/13 10:33

goza de buena salud. No veo qué importancia tiene lo demás. ¿Dónde nos sentamos?

Donde las cazadoras no lo encontrasen, donde pudiera disfrutar un poco más del franco sentido común de Louisa Windham y de su dulce fragancia.

—Un poco de tranquilidad no estaría mal. Algún lugar al sol donde no sople mucho viento. —Hacía frío, incluso en los protegidos establos de sus anfitriones.

Ella lo miró con una sonrisa indulgente y él intuyó que había descubierto su estrategia.

—Allí —sugirió Louisa—. En ese banco.

Había escogido un banco de madera flanqueado por una fuente seca y un lecho de margaritas marchitas. Joseph permaneció de pie con sus platos, mientras ella colocaba sus bebidas en los extremos del banco, se quitaba las agujas del sombrero, se arreglaba la falda y, a su manera, causaba esa especie de revuelo y demora tan propios de las mujeres.

A él debería haberle molestado, por el hambre que tenía y porque empezaba a sentir dolor en la pierna. Pero, por el contrario, se quedó observando cómo, cuando Louisa se quitó el sombrero, un mechón de su oscuro pelo abandonaba el lugar que le correspondía y caía a lo largo de su cuello.

Al parecer, ella no lo advirtió o no le importó. Joseph no pudo evitar notar el detalle.

Quizá una estancia en la ciudad (ese antro de perdición, tal como él lo veía) no fuera tan mala idea. Un terrateniente que se había comportado durante todo el bendito año, bien podía tener un poco de diversión para Navidad, después de todo.

—Yo los cogeré —dijo entonces Louisa poniéndose en pie; cogió los dos platos de manos de Joseph y le indicó con la barbilla que se sentara.

Los pensamientos de él respecto de la perfecta y pálida piel de su cuello, posiblemente con perfume de clavo, o la suavidad del rizo oscuro entre sus dedos se desvanecieron al advertir que ten-

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 18 18/09/13 10:33

dría que aposentarse en el banco junto a ella. Le esperaba un momento incómodo. Después de montar durante varias horas, no podía confiar en el correcto funcionamiento de las articulaciones de su pierna derecha.

Consiguió hacerlo. Era cuestión de moverse con rigidez, con mucha rigidez, y luego, a un par de centímetros del banco, dejarse caer como un anciano demasiado obstinado para dignarse usar un bastón.

—¿Montar agrava su herida? —le preguntó lady Louisa, justo antes de morder un trozo de manzana.

—Hay un equilibrio. Si le exijo demasiado, empeora; si le exijo demasiado poco, empeora.

—Y nadie le pregunta por eso, ¿verdad? ¿Desea un poco de manzana?

Le gustaban las manzanas. No estaba seguro de que le gustara tanto hablar de sus heridas, ahora que alguien le preguntaba por ellas.

—Las heridas de guerra no son ninguna novedad.

Aceptó un trozo de la fruta que ella le ofrecía. Se quitaron los guantes para comer, por supuesto, lo que lo obligó a advertir el contraste: las manos de él eran callosas y tenían una cicatriz, un tajo blanco que dibujaba una línea sin vello por encima de los cuatro dedos de su mano derecha. Las de ella eran propias de la virgen de un tapiz renacentista, capaces de acariciar el cuello de un unicornio.

Louisa frunció el cejo al verle la cicatriz, mientras un perro de tres patas pasaba corriendo junto a ellos, con los cascabeles de su collar emitiendo un alegre tintineo.

—¿Otra herida?

—Un intento de un soldado francés de quitarme las riendas. No lo consiguió.

Gracias a Dios. Joseph cerró de golpe una puerta mental para apartar el recuerdo (algo en lo que se había vuelto maestro) y aceptó otro bocado de manzana de la dama que tenía a su lado.

—¿Se aburre usted alguna vez, lady Louisa?

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 19 18/09/13 10:33

Ella hizo una pausa en lo que parecía un esfuerzo casi deliberado de dejar limpio su plato y alzó la vista hacia él con expresión de desconcierto.

—¿Por qué lo pregunta?

No ofreció una respuesta nerviosa, no exhibió afectación ni coquetería, y era evidente que tenía tanto un buen corazón como un aspecto adorable. Y lo que era aún mejor: Joseph bailaría con ella la primera pieza de la noche.

Agitó la mano de la cicatriz.

—Hablar de las heridas me aburre, quizá sea eso. La recuperación fue un desafío mayor que el daño inicial. Me preguntaba cómo se entretienen las hijas de un duque.

—Yo a menudo me he formulado la misma pregunta. Hacemos visitas, tenemos nuestras obras benéficas, nos escribimos con nuestras hermanas, cuñadas y primas. Asistimos a reuniones sociales y, cuando estamos en la ciudad, montamos a caballo o en carruaje para pasear por el parque. Todo es bastante...

Se interrumpió, dejando a Joseph con la sensación de que acababa de entrever una herida que no cicatrizaba tan bien como las suyas. Le dio una palmada en los nudillos.

—Yo leo.

Ella lo miró con cautela.

—Usted parece una persona culta.

Les leía a sus cerdos con mucha frecuencia.

—No sólo leo los periódicos y los clásicos, lady Louisa. Paso mucho tiempo solo, y las noches de invierno son largas y frías.

Ella observó el contenido de su plato, lo que lo salvó de más miradas inquisitivas por parte de aquellos oscuros ojos verdes.

—Así es. Mi hermana Jenny las pasa cosiendo o pintando... tiene un impulso creativo. Sophie era nuestra maestra pastelera hasta que se casó con Sindal. Eve es la acompañante preferida de mamá en las visitas sociales y Maggie se entretiene con sus libros contables, cuando no está mirando arrobada a Hazelton.

—Mantengo correspondencia con su hermana, la condesa, so-

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 20 18/09/13 10:33

bre asuntos de negocios. —Notó que la breve enumeración de Louisa no incluía cuál era su propia actividad.

—¿Con Maggie? —Hizo otra pausa—. Es muy audaz escribirse con un caballero soltero. Ella lo llamaría «*droit du spinster*», derecho de solterona. Pensaba que Mags tenía un monedero en lugar de corazón. Qué equivocada estaba.

Tomó un bocado del bollo de Navidad, particularmente concentrada, dejando entrever que en los márgenes de la conversación flotaban asuntos familiares. Joseph bebió un sorbo de su ponche y dejó la copa a un lado.

—Beba con cuidado, milady. Hay un poco de una sidra avinagrada en la receta.

Ella observó su porción de bollo.

—Siempre es así, ¿no? En las reuniones, después de la cacería, nos relacionamos con nuestra exquisita educación, esbozamos nuestras mejores sonrisas, llenamos los platos y, sin embargo, siempre hay algo... un ponche estropeado, un caballo que tendrá que ser sacrificado, un miembro de la partida que se oculta entre los arbustos para vomitar, mientras su hijo adolescente intenta esconder su vergüenza. —Hizo a un lado su plato casi vacío—. Lo siento. Quizá debería ir a buscar a mi hermana.

Joseph se consideraba sólo moderadamente inteligente, pero la inactividad ocasionada por su herida había agudizado su capacidad de observación. Bonita, amable, con título nobiliario y con una generosa dote, lady Louisa tenía pavor ante la perspectiva de su próximo viaje a la ciudad y quizá de todos sus viajes a la ciudad. Carecía de un pasatiempo que pudiese mencionar en público y sus dos hermanas mayores estaban ya casadas.

Y, sin embargo, la joven había acudido al rescate de un hombre a quien apenas conocía, quizá porque había oído los aullidos de sus perseguidoras, o tal vez porque conocía muy bien el aullido de ese tipo de jaurías.

Joseph sacó su petaca.

—Así es la vida a veces, raída en los bordes.

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 21 18/09/13 10:33

Con intención de distraerla, extendió una mano, le colocó el rebelde bucle detrás de una oreja y, al hacerlo, descubrió que su pelo era tan sedoso y agradable al tacto como había imaginado. Podría dedicarle un soneto a ese único bucle.

Quizá lo hiciera.

—También es cierto, milady, que los dos gozamos de buena salud, tenemos amigos y vecinos que nos aprecian, alimentos para comer y camas abrigadas donde dormir. Y además la Navidad llegará pronto. —No mencionó que compartirían un baile.

Louisa no intentó apartarse cuando él la tocó. Lo escrutó con sus serios ojos verdes.

—También aprendió todo esto durante la guerra, ¿verdad? Aprendió a ser agradecido.

—Tal vez. —Algo sí había aprendido: quizá a conformarse con la agricultura, la soledad y la buena literatura. O a casi conformarse.

—Su excelencia dice que usted también se marcha mañana a la ciudad, sir Joseph, aunque me pregunto por qué.

Su pregunta era demasiado perspicaz y lo obligó a reconsiderar a la dama con quien hablaba, con aquellos ojos bonitos además de graves, su adorable perfume y su sedoso pelo.

—Por la misma razón por la que todos vamos a la ciudad. Cada tanto debo relacionarme con los demás si me propongo encontrar esposa. ¿Desearía otro trago?

—Sí. —Ella aceptó su petaca y se la llevó a los labios.

Mientras Joseph volvía a admirar su esbelto cuello, ella levantó el pequeño recipiente, como si se dispusiera a vaciarlo hasta la última gota.

—¿Por qué un hombre como sir Joseph Carrington necesitaría una esposa?

Mientras hablaba con sus hermanas, Louisa cogió una jarra de vino caliente y especiado de la bandeja de uno de los lacayos que circulaban alrededor de la pista de baile. En la superficie flotaban

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 22 18/09/13 10:33

pequeños trozos de canela, una exhibición de derroche navideño por parte de la familia que ofrecía el baile de la cacería. En los dinteles colgaban ramos de muérdago y las puertas estaban decoradas con guirnaldas. La fragancia de los pinos y la cera de abeja se mezclaban con los olores de demasiados cuerpos que no se habían bañado después de la cabalgata de la mañana.

Eve despachó al lacayo sin servirse vino, pero Jenny era demasiado educada como para rechazarlo.

—Tal vez sir Joseph busque esposa porque tiene hijas —comentó Jenny—. Las niñas pequeñas necesitan una madre.

—Puede que se sienta solo —sugirió Eve—. Es un buen partido. No puede tener más de treinta años y Maggie dice que la cría de cerdos es bastante rentable. No parece inclinado a los típicos vicios masculinos. Así que, ¿por qué no iba a buscar esposa?

Louisa dio un sorbo a su vino, recordando a sir Joseph en las misas del domingo, acompañado de las dos criaturas que lo llamaban «papá».

—¿Crees que es un buen partido?

Eve Windham, la más joven de las hijas del duque, rara vez aventuraba una opinión sobre algún miembro del género masculino. Coleccionaba con jovial alegría aspirantes y admiradores, e incluso pretendientes, pero nunca dejaba entrever la menor señal de que alguno de ellos fuese dueño de su corazón.

La joven recorrió la pista de baile con la mirada, hasta llegar a sir Joseph, que conversaba con la pálida y regordeta lady Horton. Las dos hijas mayores de la mujer lo flanqueaban, arrinconándolo como un par de curiosas vaquillas ante un toro recién llegado.

—Me gusta que un hombre no sea tonto —dijo Eve—. Que sea capaz de mantenerme a mí y a los míos; está bien que ya sea padre, aunque querrá tener hijos varones para que hereden su fortuna, y por otra parte, esas anchas espaldas tampoco están de más.

Jenny alzó sus rubias cejas.

—Viniendo de ti, eso es una extraordinaria aprobación, Eve. Si no fuera un simple caballero, le transmitiría tu opinión a mamá.

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 23 18/09/13 10:33

—No importa que sólo sea un caballero —replicó su hermana, pero su refutación fue débil—. ¿Es buena la bebida?

Louisa frunció la nariz.

—Demasiado dulce. Algunas personas creen que, en las fiestas de Navidad, están obligadas a informar de su riqueza a todo el mundo.

—Estás de mal humor esta noche —señaló Jenny—. Sé de algo que te animará.

Eve sonrió e intercambió una mirada conspirativa y maliciosa con Jenny. Ambas hermanas compartían más que su rubia belleza, aunque Jenny era esbelta y Eve era más baja y curvilínea. Las dos jóvenes, aún solteras, tenían una suerte de dulzura, una calidez de espíritu hacia todo lo que las rodeaba de las que Louisa carecía.

Y, a decir verdad, las envidiaba por ello.

—Me vendría bien algo que me anime —convino Louisa, retomando el hilo de la conversación—. Mi noche comienza con una pieza con sir Joseph y el resto de mi carnet de baile está vacío. No hay duda de que Sindal se apiadará de mí, pero en cuanto me arrastre a la pista estará ya desesperado por regresar al lado de Sophie.

—Deene bailaría con nosotras si no estuviese de duelo —señaló Eve.

—Pero lo está.

Lo que era una lástima. El marqués de Deene era bastante alto, guapo y, ante todo, muy amigo de la familia, lo que lo convertía en la compañía perfecta para los propósitos de Louisa.

—Lord Lionel Honiton no está de duelo —replicó Jenny—, y acaba de entrar en el salón.

Ése era pues el motivo de las pícaras miradas entre sus hermanas. Louisa no alzó la vista, sino que dejó sobre una mesita su copa de ponche tibio y demasiado dulce.

—Hoy ha preferido no asistir a la cacería. No estaba segura de que viniese.

No era que lo echase de menos, si bien no hacía falta aclararlo.

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 24 18/09/13 10:33

—Estaría demasiado ocupado escogiendo su atuendo para la velada —respondió Eve—. Apuesto a que hará sombra a las damas.

Lord Lionel era guapo, rubio y de ojos castaños, lo que a Louisa le recordaba al spaniel de su excelencia. Cuando la joven miró por encima del hombro de Eve para contemplar el descenso de su señoría por la escalera, advirtió que, como siempre, el joven se había esmerado bastante en el cuidado de su aspecto.

Un hombre guapo que sabía cómo llevar encaje era una hermosa criatura, al margen del resto de sus atributos. Lionel tenía detalles de encaje aquí y allá: en el cuello, en los puños... Unas puntillas doradas, que entonaban con el color de su pelo y combinaban de maravilla con el conjunto azul y oro de su atuendo. El alfiler de su pañuelo era el complemento perfecto (zafiro o topacio engarzado en oro, quizá), y los botones de los puños del mismo tono.

—Louisa está reservando el vals de la cena para lord Encajes —murmuró Eve—. Ese hombre lleva más oro encima en un baile de cacería que todo el que yo tengo en mi joyero.

—Tiene una reputación que mantener —bromeó Louisa. Una reputación digna de la ciudad, incluso digna de la mansión Carlton, siempre y cuando las joyas fuesen auténticas, cosa que dudaba—. Y baila bastante bien.

Sabía de qué hablaba, porque había probado ese placer más de una vez. Cuando lord Lionel bailaba con alguien, la sala entera se detenía a observarlos. Era evidente que él esperaba que así fuese.

Louisa estaba convencida de que la escogía como pareja de baile porque, ante todo, era del estatus apropiado a su posición —la hija de un duque podía bailar con el hijo de un marqués— y porque su pelo y sus ojos oscuros resaltaban la dorada belleza masculina de él. Además, ella no bailaba nada mal.

—Viene hacia aquí —dijo Jenny, clavando la mirada en su copa, todavía llena—. Apuesto a que va a invitarte al vals de la cena, Lou, y eso antes de hacer nada más que saludar a la anfitriona.

—Buenas noches, miladies.

Louisa reprimió un suspiro de alivio al oír ese saludo casi gutural.

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 25 18/09/13 10:33

—Sir Joseph, buenas noches. —Sus hermanas hicieron una reverencia y Jenny, bendita fuera, se ocupó de las formalidades.

—Ha hecho un tiempo maravilloso para salir de caza, ¿verdad?

Sir Joseph, severo y a la vez elegante con un atuendo oscuro, pareció dudar antes de responder a las palabras de Jenny.

—Me pregunto si el zorro comparte la misma opinión. Probablemente todos los años, antes de que llegue abril, debe de rezar para que el invierno sea largo y espantoso.

—Es probable que, durante la primavera, su compañera y él estén ocupados con sus asuntos familiares —replicó Louisa.

Sir Joseph reprimió una sonrisa, mientras Eve y Jenny se las arreglaban para adoptar una expresión dolida.

«Sus asuntos familiares»... ¿A qué se refería su hermana con eso?

Louisa miró los trozos de canela que flotaban en su horrible bebida.

—Tal vez sí —convino sir Joseph—. Quizá piensa ir temprano a la ciudad para poder reunirse con sus sastres antes de que comience la temporada. Pero en lugar de seguir discutiendo los hábitos indumentarios del zorro, lady Louisa, me permito recordarle que me ha prometido la primera pieza. La orquesta está afinando sus instrumentos, aunque, desde luego, lo comprenderé si el ejercicio de hoy la ha dejado lo bastante fatigada como para no concederme ese privilegio.

Era un modo de darle la oportunidad de declinar la invitación. Detrás de Jenny, mientras atravesaba el salón, lord Lionel se había detenido para hablar con Isobel Horton. La muchacha había hecho un arte de la falsa sonrisa y se aferraba al brazo del caballero como una lapa. Él le dedicaba toda su atención, con sus ojos castaños fijos en la mujer, como si ella fuese la luz de su existencia.

¿Qué haría falta para que sir Joseph mirase así a alguien?

—Louisa rara vez deja pasar una oportunidad de bailar —dijo Jenny.

Había una nota apremiante en su voz y Louisa se dio cuenta de que se había perdido una parte de la conversación.

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 26 18/09/13 10:33

—Jenny tiene razón. —Louisa desvió la vista desde el esplendor de aquel pavo real que era lord Lionel hacia el sobrio rostro de sir Joseph—. Cuanto más bailo, menos oportunidad tengo de conversar sobre trivialidades. Como sin duda ha podido advertir, ése no es uno de mis talentos.

—Ni de los míos.

Él le ofreció el brazo y eso fue todo. Si de entradas se trataba, aquélla había sido de una absoluta simplicidad.

Conforme lord Lionel garabateaba algo en la tarjeta de baile de Isobel Horton, Louisa se cogió del brazo de sir Joseph. Ocupó su lugar junto a él entre las otras parejas que se preparaban para la pieza inaugural de la velada y entonces la asaltó una idea perturbadora: ¿la había escogido sir Joseph porque pensaba que necesitaba rescate? ¿No era más que un acto de caridad por su parte?

La posibilidad no era tan humillante como sonaba. Louisa, por el contrario, la encontró... enigmática.

Ella no podía casarse, no mientras la amenaza de un escándalo pendiera sobre ella como un condenado ramo de muérdago, pero sí le estaba permitido recorrer el perímetro de una sala de baile del brazo de un hombre apuesto, ¿no era así?

032-110981-CABALLERO LADY LOUISA.indd 27 18/09/13 10:33